

EL CONCEPTO DE LA LOGICA VIVA

Carlos Vaz Ferreira, maestro de conferencia y catedrático de filosofía en el Uruguay, es igualmente estimado aquí. Sin embargo, no pocos ignoran las obras del distinguido escritor debido, en gran parte, a la circunstancia de estar agotadas casi todas. Esos libros son: Ideas y Observaciones, Moral para Intelectuales, Del Simplismo en Pedagogía, Exposición y Crítica del Pragmatismo, Lógica Viva.

Conociais ciertamente la lógica de Aristóteles, la formal; tendréis quizá noticias de la formulación matemática de la lógica, por otros llamada logística. Lógica Viva, en cambio, suena extrañamente. ¿Fue muerta, acaso, alguna vez la lógica? ¿Es que puede ser viva? Veamos.

¿Cuál ha sido hasta el presente el trabajo de los logistas? Ellos formularon principios, construyeron categorías, estudiaron silogismos, analizaron sofismas. No ha sido ésta, por cierto, labor despreciable. Veneremos siempre las grandes figuras de Aristóteles, de Bacon, de Halminton, de Stuart Mill y demás hombres extraordinarios que dieron arquitectura a esos estudios. Es por esos esfuerzos que disponemos de cómodos marcos, de eficaces abstracciones que nos orientan para la especulación y la teoría. Pero esto es ciencia únicamente.

Hoy sabemos muy bien que no debemos confundir la ciencia con la realidad misma, que aquella pretende uniformizar. Así es que día a día va perdiendo el dogmatismo científico sus devotos. Transcurrido medio siglo de fervor positivista, de científismo à *outrance*, la ciencia tuvo sus críticos. ¿Y qué críticos! Pensadores de extenso saber y visión orbicular empeñaron la gigantesca contienda en el campo filosófico contempo-

ráneo. Racionalismo, positivismo, cientifismo, fueron los lemas adoptados por uno de los bandos en sus pendones desplegados; pragmatismo, intuicionismo, anti-intelectualismo, grabaron los otros en sus corazones. W. James, Bergson, Oswald, d'Ors, Wundt, Poincaré, Le Dantec, promovieron esta discusión del problema central de la filosofía: el problema epistemológico.

Consideran algunos que la ciencia es un método excelente para su objeto adecuado; las relaciones; reservando a la intuición las vías de la verdad absoluta, de la realidad íntima. Bergson, filósofo eminente y gran señor acicalado, sostiene esta opinión seguida y divulgada por una corte de astros menores. Otros, como Eugenio d'Ors, se colocan en un moderado intelectualismo post-pragmático, opinando que la ciencia no nos da a conocer toda la realidad; pero sí lo mejor de ella. La razón sería una diastasa que transforma la realidad tóxica en producto asimilable, creando una inmunidad: la lógica, y con ella las diferentes ciencias. Es un acabado biologismo filosófico. Luego, pues, si la alegoría platónica sirvió para explicar la ingenuidad del materialismo jonio no demuestra, como quiso el filósofo, que podamos establecer la suprema Verdad por una progresiva dialéctica de conceptos.

Otra consideración. Supóngase, ahora, que en cada momento de nuestra actividad pensante tuviéramos que plantear nuestra cuestión en forma de silogismo, ver a qué figura y modo pertenece y recordar las reglas que permiten una conclusión legítima, para después traducirlo todo en acción. Calcule el lector los inconvenientes de esa resolución tardía. Felizmente en la práctica no acontece así. Monsieur Jourdain hacía prosa, aunque mala, sin saberlo; y la mayoría de la gente hace lógica ignorándola, y no siempre se equivoca. Pero se equivoca, dirán muchos. No hay por qué maldecir de la lógica tradicional. Pero Vaz Ferreira ni nadie la denigra. Trátase solamente de complementar esos estudios, considerándolos de otro punto de vista.

Después de lo dicho parece justo que al lado de una ciencia, que, como la antigua lógica, formula las relaciones conceptuales de nuestros razonamientos, se realicen estudios, mejor dicho descripciones numerosas, fieles y sugerentes de los

casos concretos de nuestros razonamientos, que en su individualidad son la realidad misma que nos impresiona. No deben tener estos estudios estructura científica, rígida y calificada, sino provisoria, ondulante, inestable como las olas de la mar, que puede ser imagen de la vida. De ahí el nombre de *Lógica Viva*.

Vaz Ferreira es el primer autor de mi conocimiento que ha intentado un trabajo así. Tiene este profesor uruguayo en proyecto un libro que, según propias palabras, sería positivamente útil, si en la realización se aproximara al ideal que concibe. «Sería un estudio de la manera como los hombres piensan, discuten, aciertan o se equivocan — sobre todo de la manera como se equivocan; pero de *hecho*». Y subraya esta última palabra. Efectivamente. Esa manera de tratar *hechos* es lo que presta el interés, la flexibilidad y la hermosura que debe tener todo estudio de *Lógica Viva*. Y esa es la originalidad del filósofo uruguayo, maestro notable de un arte nuevo. Dije arte y creo no haberme equivocado. La *Lógica Viva* más tiene de arte que de ciencia. Arte por el método, aunque no por su finalidad. ¿No es pues el arte la transmisión que hondamente conmoviera al artista? ¿Qué es la *Lógica Viva*? sino la revelación de la verdad sentida. Arte descriptivo es éste; y, como todo arte, sugeridor, no ya de más belleza, sino de **más verdades**. Es además educador. Así como el sentido del buen gusto permite reconocer una obra de artista, sin llegar al análisis y descender al detalle, así también este otro arte forma y aguza un sentido especial que corresponde a aquél. Este sentido íntimo lo posee Vaz Ferreira en sumo grado. Con este sentido nos guía hasta la Verdad misma, que a la distancia nos pareció velada. Esto que digo nótase principalmente en una obra que Vaz Ferreira nos ofreció como anticipo de un libro, más amplio, que publicará cuando su vida de acción le deje tiempo y serenidad para escribirlo. Penetremos más en su método con un ejemplo apropiado. Es una tendencia muy común la que tienen los espíritus de tomar por contradictorio lo que no lo es, o es simplemente complementario. El sabio logista, aplicando el método científico, induce de ahí una ley que secamente enunciará en su tratado: «hay un sofisma muy común que consiste en creer contradictorio lo

que es complementario — luego sigue un ejemplo. ¡Pero eso no basta! Es enquistar lo que no puede ser. Esta falacia tiene sus grados, desde el más grosero — y por lo mismo patente — hasta el más sutil, tan solo percibido por el sentido especial de que me refería ha poco. Comparad este otro procedimiento. El artista de la Lógica Viva va a servirse de la paleta de su colega el pintor. Como este colega suyo, dibuja primero el contorno; gradúa más tarde los tonos, y únicamente así da la sensación de forma y de volumen de la falacia estudiada. Tal vez exagere; pero no puedo sustraerme al aspecto estético de la Lógica Viva.

Consideremos con Vaz Ferreira uno de los sofismas capitales de la humanidad: el de falsa oposición, ya mencionado. Siguiendo el método que esbozamos, el catedrático montevideano nos va a familiarizar con esta falacia, a la que atribuye con muchísima razón enorme importancia. Con numerosos casos vivos, próximos y hasta personales va graduando el maestro los múltiples matices del paralogismo. Tomemos al azar uno de esos casos. Sea el que textualmente transcribe: «La energía yanqui, el alma yanqui, no es la obra de los Washingtons ni Lincolns, sino de los Vanderbilts, Morgans y Rockefeller; la energía argentina, el alma argentina, no es la obra de los Rivadavias, Sarmientos ni Mitres, sino de los Lozanos, Pereiras, Oliveira Fages, Cobos y demás grandes y nobles señores de la agricultura». El sofisma es evidente. Supone el párrafo una previa oposición en el espíritu de su autor, cual es la de la actividad política con la actividad industrial. En verdad, ambas influencias desarrollaron esa energía. Pero considerándolas como opuestas obliga a una solución que excluye todo término medio: o bien los políticos, o bien los industriales. ¿Queréis un ejemplo más fino? Advertid cuán *glissante* es la falacia en este otro. Es un norteamericano quien escribe. «El mundo actual está cumpliendo una de sus evoluciones seculares, uno de sus épocas históricas. *Magnus saeculorum nascitur ordo*. Fuera pueril, a pretexto de preferencias personales, desconocer lo evidente... La humanidad moderna ha sido nuevamente fecundada a fines del pasado siglo: durante la centuria de su dolorosa gestación ha vagado por la tierra en cinta del porvenir, incierta de la hora y del lugar del

alumbramiento, vacilando entre la Francia luminosa, la Alemania profunda, la misteriosa Esclavia, el Asia remota y tradicional... ¡No lo dudéis es aquí donde ha procreado!». ¿Quién adivina el sofisma bellamente arropado en celajes literarios? El existe, sin embargo. En la noche de su psicología, claro que no a la luz de la conciencia, estableció el autor del párrafo indicado que en un momento histórico solo una nación puede ser portavoz del progreso. Esta vez le tocó en turno a Norte América, quedando excluidas todas las otras, cuando muy bien pueden haber influido en él. A muchos podrá parecerles ésto puro diletantismo, propio de ociosos o filósofos. No obstante la humanidad entera padece de esta falacia que se desliza en nuestros razonamientos diarios, que sombrea hasta las discusiones científicas y que en el arte alcanza su virulencia máxima. El artista siempre unilateral y exagerado, tal vez por necesidades de la propia labor, se inclina a establecer oposición con todo lo que no son sus opiniones, credos, maneras y aspiraciones. Niega lo que en sí mismo no afirma. La exclusión, el empobrecimiento de la visualidad intelectual, por una parte; he ahí el grave desenlace de esta falacia. Tiene pues razón Vaz Ferreira en insistir sobre ella. Imaginad un grave que se quiere hacer mover, para lo cual se le aplican fuerzas iguales; pero en opuesto sentido. ¿No os parece risueña la paradoja? Lo mismo acontece en el orden de nuestra actividad mental, aunque sin advertirse tan fácilmente el ridículo. Quiérese realizar una determinada acción, a cuyo fin varios hombres deben coördenar sus esfuerzos. Se discute la empresa; pero por la tendencia falaciosa que conocemos, cada cual considera su proposición como la mejor y única aceptable y, por lo mismo, opuesta a las demás. Unas y otras se anularán recíprocamente como las fuerzas aplicadas al grave. Cero de movimiento y cero de acción se obtiene en ambos casos. Fuera más acertado buscar una armonía; porque ella existe. No se la encuentra por una pura pereza intelectual. Si uno de aquellos hombres pensara y, después, consciente y generosamente se expresara así: todos tenéis parcialmente razón; pero adoptemos la idea de B que en este momento es la que mejor responde... luego seguiremos la de A, cuando sea la ocasión

propiecia... etc., habría ya un principio de acción, un movimiento, una resultante.

Otro interesantísimo estudio de Lógica Viva en la tendencia que manifestamos a pensar por sistemas: fuente no menos copiosa de errores que la anterior. Habéis ciertamente notado que hay dos maneras de hacer uso de una observación. Se la puede reservar, anotar, como algo que hay que tener en cuenta cuando reflexionemos sobre lo concreto; y de otro modo, sacar de ella un sistema para aplicarlo en todo momento y circunstancia. Aún está en la memoria de todos el caso típico del Comandante Astorga. Partiendo de la observación de que la naturaleza es excelente guía y maestro, dedujo Astorga un sistema: el naturismo. Consecuente con él, se olvida de la terapéutica; rechaza todo método de vida que no concuerde con el empirismo que profesa. Tan es así, y tan fuerte se creyó con su sistema, que no vaciló en inocularse un bacilo terrible. Y cuando éste le abrió las cavernas por donde se introdujo la muerte, moribundo ya el apóstol, no atribuye a su locura el fin que presiente cercano, sino a la fractura del esternón que le motivara una caída. Es el caso trágico y dolorosamente místico que en la vida ocasiona la tiranía de un sistema, de una teoría, de una idea. Sea el siguiente otro ejemplo. En una muy sabrosa comedia de Molière *Les Femmes Savantes*, Philaminte está tan ridículamente dominada por la gramática y las reglas del *bien hablar* que no titubea en despedir a su cocinera por faltas graves de concordancia y de dicción, aunque sabía freir muy bien y desplumar gallinas. Entre estos dos casos extremos, grabados sobre el dolor y el ridículo, se interpolan número infinito de otros en que el sofisma ora se forma consciente, ora inconscientemente; aparece en una discusión administrativa, vuelve a reaparecer en una cuestión científica o filosófica. La sistematización ilegítima condena a la unilateralidad y al error. Da la ilusión de tener una regla fija que nos habilita para pensar mejor, siendo en realidad fundamentalmente infecunda.

Si por un sobrehumano esfuerzo de dialéctica llevamos a la convicción a un individuo de que sus ideas generales, las reglas fijas por él seguidas, su filosofía de la vida y de las cosas es una construcción sobre arena movediza, que un soplo

de libertad interior puede desmoronar, le habremos seguramente postrado por mucho tiempo. Es náufrago que no tiene madero flotante donde asirse. En cambio, si nos habituáramos a pensar por ideas para tener en cuenta ¡qué diferente! Sería el espíritu libre jugando al libre juego de las ideas. Combinándolas en sabia o caprichosa asimetría, renovándolas o removiéndonlas, según las exigencias de la materia o para solaz de la inteligencia. No como en el ejemplo que pone Vaz Ferreira, de las piedrecillas del kaleidoscopio, fatalmente simétricas. ¡Pero qué brumoso el horizonte! ¡Cómo está cargada de neblina la senda que debe iniciar el peregrino! ¡Presiente fronteras, pero no distingue los mojones! Surgen limitaciones de momento, de circunstancia; las cuestiones de grado. ¿En qué momento se debe hacer tal cosa y no tal otra? ¿Cuál será la circunstancia favorable? ¿Hasta qué punto llevaremos su aplicación? Son éstas preguntas que un espíritu simplista, habituado a una falsa precisión, no podría soportar. Ellas se resuelven por el razonamiento, formulando una especie de ecuación de motivos. Pero ejemplos hay, y no pocos, en que los motivos se equilibran, el raciocinio es impotente, la ecuación parece indeterminada. Es el momento de recurrir al sentido que Vaz Ferreira acertadamente denominó hiperlógico. Maravilloso sentido ¡que guió a Cortés en el famoso episodio de las naves!

Creo haber expuesto el concepto de Lógica Viva. Al finalizar esta glosa deseo hacer notar que la Lógica Viva no se opone de ninguna manera a la tradicional, ni aspira a sustituirla. Es tan solo, un complemento de aquélla. Me pareció que había algo de estética en su método. Ya no se os escapará el carácter esencialmente práctico de estos estudios. Ahora, lector estudioso de la filosofía, te invito con el corazón en la mano a que leas el libro del profesor uruguayo. Sabio o ignorante de la materia, estoy seguro de que me lo agradecerás, como le agradezco yo a él las muchas lecciones que me dió.

RAÚL CONRADO.